

El ejército que el emperador Heraclio llevó a la victoria contra los persas en la década del 620 indudablemente difería en composición y aspecto del ejército con el que Constantino restaurara la unidad imperial en la década del 320, pero la percepción sobre la naturaleza y el ritmo de los cambios a lo largo de estos tres siglos debe equilibrarse con el reconocimiento de la existencia de continuidades fundamentales en las operaciones de combate del ejército romano. Durante mucho tiempo este período se ha etiquetado, de forma más bien simplista, como el amanecer de una nueva era de guerra “medieval”, en la que los jinetes acorazados llegaron a dominar los campos de batalla de Europa y el Cercano Oriente. La victoria gótica en Adrianópolis en el 378 encabeza tradicionalmente la cronología de este desarrollo, aunque haya sido objeto de una considerable reinterpretación. Recientes estudios han destacado la naturaleza muy gradual de esta transformación, la cual es de un tipo de papeles y énfasis cambiantes, más que una innovación revolucionaria, y que solo fue profunda al final de esta era. Sin embargo, como ocurre con el ejército del Principado, los investigadores se han concentrado generalmente en aspectos del ejército de la Roma Tardía diferentes de su actuación en combate, la cual es la prueba suprema en cuanto a la efectividad de cualquier organización militar, así como su función principal. Las percepciones emocionales de “decadencia y caída” continúan por tanto moldeando las valoraciones modernas, y habitualmente se dirigen acusaciones de ineficiencia, indisciplina y baja moral contra los soldados tardorromanos, a menudo dentro del contexto de lo que se percibe como heterogeneidad étnica y “barbarización”. La aplicación persistente del término “bizantino” a los ejércitos romanos orientales de los siglos V y VI tampoco ayuda, al separar el destino político y militar del Imperio Occidental y crear la falsa impresión de discontinuidad en las prácticas militares de la Antigüedad Tardía. Estas son consideraciones importantes a la hora de evaluar las capacidades de los ejércitos tardorromanos y la naturaleza y diversidad del tipo de combates en los que participaron. Finalmente, es necesario evaluar aquellos factores que distinguieron a los ejércitos romanos de sus diferentes oponentes: los papeles tácticos de las diferentes tropas desplegadas; su entrenamiento, disciplina y moral; y si sus actitudes hacia y preparación para el combate podían hacer frente a las tareas operativas a las que se enfrentaban.

## I. LA TEORÍA DEL COMBATE: TRATADOS MILITARES

Como sus predecesores, los emperadores y oficiales de la Roma Tardía que llevaban a cabo operaciones militares tenían a su disposición varios tratados militares o *tactica*. Estos textos son fuentes importantes aunque problemáticas para el estudio de la teoría y práctica militar de la Roma Tardía, y revelan diferentes percepciones de la época acerca de las capacidades de los ejércitos romanos. Su existencia expresa una aproximación particular a la preparación teórica del combate que continuaba diferenciando a los romanos de sus oponentes; y únicamente los persas produjeron textos comparables. Los trabajos anteriores de este tipo siguieron leyéndose, citándose y parafraseándose, pero a partir del siglo IV se produjeron varios nuevos tratados tanto en latín como en griego. Los trabajos anteriores tendían a ser monografías especializadas en maquinaria de asedio, campamentos o la falange helenística tardía; el tratado perdido sobre ingeniería militar atribuido al emperador Juliano (361-3) demuestra la continuidad de esta tradición. La forma más representativa de las *tactica* de la Antigüedad Tardía, sin embargo, era un amplio compendio en el que se analizaban el equipamiento y entrenamiento, batallas y campañas, así como fortificaciones y asedios. En ellos se aprecia también una característica actitud de prudencia ante las batallas campales, la cual permaneció como el aspecto más importante de la estrategia, con el mayor potencial para la victoria, pero también como el más peligroso de los esfuerzos militares, y que no debía emprenderse sin ventaja numérica, posicional o de sorpresa. En un período caracterizado por la estrategia defensiva y la guerra de baja intensidad asociadas con el mantenimiento de la seguridad imperial, los peligros de una derrota en una acción a gran escala sobrepasaban con mucho los beneficios de la victoria. “Riesgo” (*periculum, kindunos*), por lo tanto, tiene un sentido enteramente peyorativo en su vocabulario, mientras que “oportunidad” (*opportunitas, kairos*) era la verdadera consigna. Se acentuó cada vez más la importancia de diferentes *ruses de guerre* con el fin de obtener condiciones favorables para la batalla, o incluso como alternativas preferentes frente a ésta; la victoria por tales medios no era menos gloriosa, pero sí mucho menos arriesgada. Por lo tanto, el comandante ideal de la Roma Tardía creaba ventajas y oportunidades mediante diferentes estrategias con el fin de que las tropas romanas alcanzasen todo su potencial en el combate.

Los *tactica* de la Roma Tardía plantean dos cuestiones principales de interpretación: primero, hasta qué punto un texto describe prácticas militares existentes, propone futuras reformas o expresa un ideal raramente alcanzado en la realidad. Segundo, el grado en el que sus contenidos reflejan con verosimilitud circunstancias contemporáneas o si se trata de una reelaboración de tratados anteriores, aunque la continuidad esencial de muchos aspectos de la guerra antigua a menudo permitían a un autor usar mucho del material antiguo sin comprometer la utilidad práctica del texto, e incluso los trabajos más originales combinaban prácticas contemporáneas con material tradicional. Los autores difieren en su conocimiento y autoridad, pudiendo encontrarse desde oficiales de alta graduación a “generales de salón” y cortesanos desprovistos de experiencia militar; algunos trabajos tuvieron claramente un patrocinio oficial, mientras que otros eran reflexiones personales. En cuanto al estilo, varían desde un lenguaje coloquial repleto de terminología técnica a un

lenguaje de estilo clásico. Estas diferencias estilísticas pueden ser engañosas – el continuo interés por la falange helenística tardía no es tan absurdamente arcaica como se asume habitualmente, sino que se relaciona con las preocupaciones típicas de la infantería bien ordenada y su despliegue contemporáneo usando formaciones compactas relativamente inflexibles. Sin embargo, también es cierto que el género, al ser depositario de una tradición arcaizante, mantuvo un interés en los clásicos militares más por motivos intelectuales y culturales que por sus valores prácticos.

Hasta qué punto los *tactica* eran leídos y sus preceptos aplicados es difícil de determinar, y sería fácil exagerar el elemento didáctico de tales “manuales”, al menos en el sentido moderno del autodidactismo. Su composición y adaptación continua, y su recomendación por los autores de la Antigüedad sugieren que, junto con las colecciones de *exempla* históricos, servían al menos como directrices útiles a los lectores y en algunos casos como normativas o principios generales “codificados” que debían ser adaptados a las circunstancias. Como trabajos de referencia a menudo bien planeados y estructurados de forma lógica, servían como añadidos al entrenamiento militar y la experiencia, aunque de ninguna manera como sustitutos. Su valor contemporáneo ha sido cuestionado, pero la utilidad de cada tratado debe ser considerado según sus méritos individuales y según el objetivo del autor, más que juzgados por las convenciones de lo que es un género muy amplio.

El *Epitoma rei militaris* de Publius (Flavius) Vegetius Renatus es un ejemplo único de un tratado militar escrito en latín. Su autor era *vir illustris* y *comes*, un burócrata civil de alto nivel, que también escribió un tratado veterinario equino *Digesta artis mulomedicinae*. El *Epitoma* fue escrito para y está dedicado a un emperador anónimo en algún momento muy discutido entre el 383 y el 450, que nosotros creemos más probable durante el reinado de Teodosio I (379-95). Hasta cierto punto el carácter problemático del objetivo, contenidos y fuentes de la obra, hace que su fecha precisa no tenga importancia; lo que se requiere es una apreciación de los objetivos de Vegetio. El *Epitoma* abarca un espectro muy amplio, ya que sus cuatro libros tratan del reclutamiento y entrenamiento, organización y despliegue, campañas y tácticas, asedios y, brevemente, la guerra naval. Sin embargo, no es un estudio exhaustivo de la guerra contemporánea, sino un compendio críticamente selectivo. Vegetio restringe sus intereses a aquellas áreas en las que cree que es necesaria una reforma; ignora expresamente la caballería, por ejemplo, bajo la premisa de que “las prácticas actuales son suficientes”. Su preocupación principal es remediar las deficiencias que percibe en los ejércitos de campaña contemporáneos, en particular los reclutas poco aptos y la dejadez en el entrenamiento, y es especialmente polémico sobre el alistamiento de bárbaros como causa y síntoma de la debilidad militar romana.

Como ocurre habitualmente en este tipo de obras, Vegetio dirige sus propuestas al emperador, y los libros II al IV obtuvieron patronazgo oficial gracias a una favorable respuesta al libro I. El autor propone un retorno a los métodos tradicionales de reclutamiento, entrenamiento y despliegue que hicieron grande a Roma. Basa su programa de reformas en prácticas anteriores seleccionadas de autores antiguos, parcialmente modificadas de acuerdo con los desarrollos posteriores y el vocabulario contemporáneo. Su modelo para la organización militar es la “antigua legión”, *antiqua legio*, que es hasta cierto punto una creación del propio Vegetio usando fuentes republicanas e imperiales tempranas, probablemente conocidas de forma imperfecta a través de compendios anteriores, y detalladas con sus especulaciones históricas y deducciones etimológicas. Mucho del *Epitoma*, por lo tanto, no es una descripción del ejército de su época, sino una receta para el ejército que desea el autor, y esto desde el punto de vista de un aficionado civil, aunque bien informado. Hay mucho en el tratado que pudo ser de utilidad en su época, especialmente en los libros III y IV; sin duda el carácter genérico de la obra explica su popularidad a largo plazo entre los lectores medievales y renacentistas. Una parte significativa, sin embargo, es sin duda “arcaizante”, aunque se trata más de arcaísmo como método que como fin en sí mismo; sin duda Vegetio intentaba que su trabajo tuviera utilidad en su época. Esta caracterización del *Epitoma* de Vegetio como proyecto de reforma, combinado con la compleja naturaleza de sus fuentes, hace que sea muy problemático identificar prácticas genuinamente tardorromanas en sus diferentes estratos cronológicos y textuales.

El anónimo *De rebus bellicis* es un corto tratado producido a mediados del siglo IV, probablemente durante los reinados de Valentiniano I (364-75) y Valente (364-78). El autor propone mejoras a las defensas imperiales, a veces haciendo énfasis en prácticas y equipo ya existentes, y en otras ocasiones proponiendo nuevas máquinas y artefactos, a menudo de dudosa funcionalidad. La obra cae en la categoría de los textos de aficionado, a menudo buscando la victoria a través de innovaciones tecnológicas, las cuales se tratan como competencias imperiales, y que pretende expresar pretensiones intelectuales y ganar el favor de la corte tanto como ofrecer consejos prácticos. Un trabajo parecido es el *Epitedeuma* de Urbicius, una figura importante en la corte de Constantinopla. Este opúsculo propone al emperador Anastasio (491-518) un tipo de “caballo de Frisia” diseñado para reforzar a la infantería romana; no hay evidencias de que este artefacto se haya usado nunca, aunque no tiene una función muy diferente a los abrojos gigantes y *ericus* o “erizos” atestiguados desde el siglo I a.C. hasta el siglo II d.C. El *Epitedeuma* estaba originalmente anexado a otro breve texto de Urbicius, el *Tacticon*, un resumen abreviado del tratado de Arriano sobre la falange helenística (c. 136). A pesar de ser un aficionado, el interés de Urbicius por el despliegue efectivo de la infantería y las fortificaciones de campo pudo tener relevancia en su época.

Se le debe atribuir a Siriano Magister “tres” tratados militares que se han conservado por separado en la tradición manuscrita, los cuales han permanecido “anónimos” y/o sin que se estableciera relación entre ellos, a pesar de que ha habido estudios que defendían la unidad del texto desde el siglo XVIII. Estos son elementos de un compendio extenso y bien estructurado que trata todas las ramas de la ciencia militar. La sección más grande, hasta ahora atribuida al “Anónimo del siglo VI”, y conocido por el título moderno de *Peri strategikes* o *De re strategica*, cubre ampliamente la guerra terrestre. Incluye disposiciones para la construcción y defensa de lugares fortificados, así como para campañas, armamento y entrenamiento, y en particular un tratado sobre arquería anterior. La exposición sobre tácticas de Sirianus es en parte un refrito escogido de la *Tactica Theoria* de Aeliano (c. 106-13), pero sólo en los puntos en los que considera que tiene relevancia desde un punto de vista contemporáneo. Tal despliegue “en falange” es menos anacrónico de lo que a menudo se supone, y el modo de expresarse de Sirianus le da a la obra un engañoso carácter arcaico. Otra sección del compendio conocida como *Rhetorica militaris*, atribuida periódicamente al mismo “Anónimo”, se compone de ejemplos de discursos militares. Es único en el género táctico, aunque influenciado por tratados de retórica anteriores. Una tercera sección titulada *Naumachia* es atribuida a “Sirianus Magister”, que de otro modo nos sería desconocido, y es el único tratado completo de guerra naval de la Antigüedad que ha sobrevivido. Algunas partes están manifiestamente basadas en material anterior, con descripciones de maniobras navales como el *periplous* y el *diekplous*, que llevaban a cabo las trirremes clásicas. Estos elementos del compendio de Sirianus han sido fechados tradicionalmente en el reinado de Justiano (527-65), aunque las pruebas están lejos de ser definitivas; la obra puede en realidad ser de cualquier período entre mediados del siglo VI y finales del siglo IX, y actualmente algunos investigadores prefieren situarlo después del desarrollo del poder naval árabe. Existe debate sobre la posible experiencia personal en combate de Sirianus; aunque algunos han percibido un interés particular en los proyectos de ingeniería, una descripción del siglo X describe su obra como “libro histórico”, lo que es quizá una mejor caracterización de su ámbito literario y función cultural.

El *Strategicon* atribuido al emperador Mauricio (582-602) es un texto extremadamente importante en la historia de la guerra tardorromana. Este tratado abarca cada aspecto de la guerra terrestre contemporánea, incluyendo organización, armamento, entrenamiento, tácticas de batalla, estratagemas y logística. Sus digresiones etnográficas sobre los diferentes enemigos del imperio – persas, “escitas”, pueblos germánicos y eslavos- son una innovación al género, el cual presenta cuatro modelos genéricos de despliegue militar aplicables a diferentes circunstancias, pero que también refleja la influencia de la tecnología extranjera y las prácticas de relativas las tácticas y equipo romanos. El *Strategicon*, o “Libro del General”, es una obra de extraordinaria utilidad, cuyo autor combinó, en un griego deliberadamente sencillo, material escrito anteriormente con experiencias militares prácticas. También revela una comprensión precisa de la realidad del combate y conocimiento de las preocupaciones psicológicas tanto de los generales como de las tropas. Su atribución a Mauricio es puesta en duda por algunos, pero el *Strategicon* fue sin duda patrocinado por el gobierno central, y es a a todos los efectos un manual oficial y no reflexiones personales. Es, además, la primera iniciativa literaria imperial de este tipo. Aunque, como ocurre con otros *tactica*, se le etiqueta a menudo como “teórico”, en líneas generales el tratado ofrece una descripción del ejército de finales del siglo VI y sus prácticas. Mauricio intenta rectificar los problemas derivados de la falta de entrenamiento de los soldados y los oficiales con poca experiencia, no tanto mediante la reforma o la innovación como mediante la codificación y la explicación de las normativas, órdenes y procedimientos ya existentes. Cuando describe condiciones ideales expresa su reconocimiento de que una situación real puede en ocasiones ser diferente. El elemento preceptivo del *Strategicon* se restringe en gran medida a recomendar la flexibilidad táctica de la caballería ávara, y está claramente basado en las lecciones aprendidas en las campañas balcánicas de las décadas del 580 y el 590. La principal preocupación de Mauricio de estimular un mejor despliegue y táctica de caballería ha sido a menudo malinterpretada como otra prueba más de la redundancia de la infantería, sobre cuya importancia, al contrario, él mismo insiste explícitamente.

A primera vista el *Strategicon* parece no estar relacionado con la literatura táctica anterior y ser la descripción de un “nuevo” sistema militar, un hecho que se ve acentuado por su frecuente etiquetado como texto “bizantino”. Por lo tanto, se suele pasar por alto su importancia como fuente para métodos militares romanos previos que se remontan al menos hasta el siglo IV. La novedad de buena parte del *Strategicon* es engañosa. Si tenemos en cuenta la extensión y naturaleza de la *mimesis* dentro del género, la deuda de Mauricio con otros textos literarios anteriores es sin duda escasa, pero su elección deliberada de un lenguaje coloquial oscurece muchas similitudes con otros *tactica* escritos en un estilo clásico. Mauricio estaba sin duda familiarizado con tratados anteriores, los cuales utilizaba no tanto como “fuentes”, sino para ayudarle en la conceptualización generalizada de la materia, pero el *Strategicon* es explícitamente un “modesto manual elemental o introducción [*eisagoge*]”. Trata la mayor parte de los temas y detalles técnicos rutinarios, y buena parte de su contenido parece “nuevo” sólo porque estos temas, como el propio Mauricio indica, son pasados por alto en las composiciones literarias más elaboradas. De carácter claramente recopilatorio, el *Strategicon* se basa en parte en fuentes documentales más que literarias – ordenanzas oficiales, normativas disciplinarias, inventarios de equipo y “manuales de instrucción”, algunos posiblemente traducidos del latín al griego por primera vez, o monográficos no literarios y “folletos”, que son textos informales y por definición poco susceptibles de supervivencia. Consecuentemente, Mauricio conserva una buena cantidad de material tradicional, todavía corriente en su tiempo, y que

tienen un gran valor al intentar esclarecer prácticas romanas anteriores. El *Strategicon* se mantiene a medio camino entre el género clásico de *tactica* y el corpus militar bizantino posterior, en el cual influyó profundamente. Es, en definitiva, el último tratado militar romano y el primero bizantino.

## II. ROLES TÁCTICOS

Los ejércitos tardorromanos, especialmente los de los siglos V y VI, han sido caracterizados tradicionalmente como ejércitos en los que predominaba la caballería pesada, y cada vez más también los arqueros a caballo, una imagen presentada de forma clásica en la introducción de las *Guerras* del historiador del siglo VI Procopio. Ciertamente, la caballería disfrutaba de un perfil superior en las fuentes tardorromanas, pero las cargas de caballería son intrínsecamente espectáculos más llamativos e impresionantes que los encuentros de infantería, e invitaban a las secuencias de prosa dramática esperadas por los lectores civiles, relativamente poco interesados en los detalles técnicos. Las funciones y capacidades de la infantería romana han sido por lo tanto infravaloradas y la naturaleza del combate de la época mal interpretado. La infantería sigue siendo el núcleo de los ejércitos de campaña relativamente pequeños de los romanos. En Estrasburgo, en el 357, Juliano desplegó 10.000 infantes y 3.000 jinetes, mientras que en el 478 una fuerza oriental incluía 30.000 infantes y 8.000 jinetes. En el 533 Belisario se dirigió al norte de África con 10.000 infantes y 5.000 jinetes. Sin duda, desde el siglo III se crearon nuevas unidades de caballería, algunas con panoplia más pesada, pero este incremento numérico por sí solo da una impresión muy basta de los cambios tácticos de este período.

La verdadera cuestión no es tanto la cantidad de caballería, sino su despliegue en combate. Al final del siglo IV la infantería permanecía tácticamente como la rama más importante del ejército romano, mientras que la caballería tenía un papel de apoyo – asegurar flancos, desestabilizar las formaciones enemigas y explotar los éxitos. A comienzos del siglo VI el énfasis táctico parece haber cambiado para dar más peso a la caballería como el arma ofensiva dentro del campo de batalla, y esto se haría más patente hacia el final de siglo. Las causas de este desarrollo no están nada claras, debido principalmente a la oscuridad de las fuentes del siglo V, que impide un estudio detallado. Los contactos romanos con los pueblos nómadas esteparios, especialmente los hunos desde la década del 380 y los ávaros desde la década del 550, dejaron ciertamente su marca en el equipo y técnicas de la caballería romana, y es probable que los esfuerzos romanos por desarrollar al menos una respuesta adecuada a las tácticas de la caballería de la estepa pusieran un mayor énfasis en las características preexistentes de la caballería romana, incluyendo su movilidad táctica, y hasta cierto punto se necesitasen también nuevas capacidades, incluyendo una mayor flexibilidad y especialmente la mejora de la arquería a caballo. Es también posible que los cambios en las actitudes culturales y sociales relacionadas con el guerrero montado fuesen significativos más allá de las aplicaciones intrínsecamente militares de éstas; ciertamente, sus habilidades de combate pasaron a ser consideradas como el objetivo marcial óptimo para su élite política y militar. Los efectos de estos cambios pueden exagerarse fácilmente y deberían ser vistos dentro del contexto del desarrollo a largo plazo de la caballería romana desde el siglo II. En las batallas de las campañas de Belisario la infantería parece tener un papel muy limitado, como en Dara en el 530, Ad Decimum y Tricamerum en el 533 y en las afueras de Roma en el 537-8. Es más, Procopio da todo el crédito de la conquista de Belisario del reino Vándalo (533-4) a sus 5.000 jinetes. Sin embargo, es un cliché de la literatura moderna el despachar a la infantería romana del siglo VI como “poco fiable”, “inexperta” o de “mala calidad” y, más aún, argumentar que estas generalizaciones de hecho explican la función táctica de la infantería. La caballería romana raramente operaba aislada, y la infantería era a menudo vital al convertir los éxitos tácticos limitados de lo que eran básicamente escaramuzas de caballería en victorias estratégicas.

Los tratados militares romanos mantuvieron el interés en el despliegue de la infantería e incluso la infantería del siglo VI seguía siendo esencial para determinadas formas de combate. En el campo de batalla, la infantería mantenía un papel importante, aunque más pasivo, principalmente como línea de batalla estable y punto de reagrupamiento para la caballería, la cual empleaba tácticas muy fluidas susceptibles de reveses repentinos. Incluso cuando era la caballería la fuerza de choque decisiva, a menudo requería el apoyo de la inalterable infantería para entablar combate y contener al enemigo. El aparente escepticismo de Belisario con respecto a la infantería romana, a menudo citada como evidencia de su “poca fiabilidad”, refleja su insistencia en que la infantería debería evitar un papel *ofensivo* en la batalla, especialmente dentro del contexto de las tácticas de “gopeo y huida” de sus jinetes a caballo, como las empleadas en la defensa de Roma (537-8); pero sí parece confiar en las habilidades defensivas de la infantería para cortar de raíz la huida de la caballería romana. El estilo e intereses de la narrativa de Procopio hacían hincapié en los encuentros montados de estilo “heroico”, pero en las pocas batallas formales de la reconquista justiniana de Italia – Tagina y Monte Lactarius en el 552 y Casilinum en el 554 – la línea de batalla principal romana estaba compuesta por infantería o caballería desmontada. Más aún, en los asedios, que fueron la mayoría de las operaciones militares del período, la infantería siguió siendo indispensable para las guarniciones, trabajos de ingeniería y asaltos a fortificaciones.

Las batallas y asedios tienden a dominar la narrativa contemporánea de las campañas, pero su preeminencia oculta la variedad de operaciones de combate que llevaban a cabo regularmente los romanos. En la guerra de baja intensidad del período se ve más frecuentemente a las fuerzas romanas enzarzadas en un combate irregular, en el que la infantería bien

entrenada es esencial en las incursiones, hostigamientos, emboscadas y ataques nocturnos, o en cualquier operación en terreno accidentado, bosques o pantanos, circunstancias en las cuales la caballería debía desmontar y operar como infantería. A lo largo del período, la infantería romana fue muy competente en tales tácticas, operando en unidades de pequeño tamaño e infligiendo derrotas decisivas a enemigos dispersos mediante numerosas acciones menores sin tener que recurrir en absoluto a la batalla formal. La comparación entre la narración de Amiano Marcelino de las campañas contra los alamanes y los francos en el Rin en las décadas de 350-360, y los informes de Tefilacto Simocates sobre los combates irregulares contra los eslavos en el Danubio en la década del 590 sugieren una continuidad a largo plazo en las tácticas y capacidades operativas romanas al enfrentarse a enemigos y terrenos parecidos.



Infante tardorromano y su equipo, de un MS de *De rebus bellicis*

La variedad de requisitos para el combate de la infantería queda reflejada en los distintos cambios en el equipo. El problemático, y sin duda retórico, comentario de Vegetio de que desde el reinado de Graciano (375-83) la infantería romana abandonó la armadura y los yelmos, había sido aceptado hasta hace muy poco. El significado preciso de la afirmación de Vegetio es controvertido, pero las pruebas arqueológicas, monumentales e históricas apuntan a que la infantería continuó usando cota de malla o armadura de escamas. Sin embargo esta continuidad, dependía del contexto, y el mejor ejemplo es la versátil *auxilia palatina* del siglo IV, cuyas capacidades abarcaban tanto la batalla formal como la guerra irregular. El hostigamiento y las incursiones eran realizadas habitualmente por soldados sin armadura y con equipo ligero; Mauricio demanda específicamente que la infantería se arme con jabalinas cortas y deseche la armadura y los yelmos al combatir en terreno accidentado. La armadura pesada quedó restringida cada vez más al campo de batalla y a la defensa de fortificaciones expuestas, y en el siglo VI la infantería romana ya tenía claramente una panoplia más ligera. Los textos del siglo VI indican que a los hombres de las filas delanteras, que eran los oficiales subalternos con más experiencia, se les equipaba con equipo adicional que a menudo no estaba disponible para el resto de la unidad, incluyendo piezas básicas como petos, así como grebas y escudos más resistentes. Además Mauricio reconoce que incluso estos hombres podían no estar equipados con armaduras. Generalizando, desde el siglo IV al VI el equipo estándar del infante romano se fue adaptando a formas de combate diferentes de la batalla formal.

El papel defensivo de la infantería romana en el campo de batalla se refleja en la adaptación táctica que se aleja de las tácticas de choque de “descarga de proyectiles y carga” de las legiones más tempranas para adoptar un despliegue más rígido y compacto, que a menudo permanecía estacionario para recibir el ataque enemigo al tiempo que lanzaba una descarga mucho más sostenida de proyectiles. La “falange legionaria” se remonta al menos tan atrás como principios de siglo II, aunque por entonces era simplemente una opción dentro de un repertorio más amplio de tácticas. Pero desde el siglo III se convirtió en el despliegue estándar en el campo de batalla. Esta formación, muy simple desde el punto de vista táctico, no requería acción independiente por parte de las subunidades, aunque podía realizar diferentes funciones en el combate. Vegetio describe lo que él llamaba la *legio antiqua* desplegada en filas que tenían diferente equipo, con las tropas de armamento pesado en el frente y la retaguardia, y en el medio tropas de tiradores con armamento variado. Vegetio compara implícitamente este despliegue con el de la legión manipular de la República, pero es menos mucho menos antiguo de lo que aparenta y se corresponde tanto con la narrativa histórica contemporánea como con el *Strategicon* escrito dos siglos después. Los oficiales subalternos con armamento pesado situados en las filas delanteras entraban al combate cuerpo a cuerpo con lanzas y largas espadas (diseñadas para usar preferentemente el filo antes que

la punta) llamadas *spathae*. Sus escudos circulares u ovalados, que eran más pequeños que el *scutum* del legionario de siglos anteriores, se adaptaban mejor a una línea de batalla compacta. El papel de las filas situadas detrás era disparar proyectiles por encima de las cabezas de estos “líderes de fila”.

La infantería cerrada tardoimperial usaba una impresionante cantidad y variedad de proyectiles, aunque la terminología ambigua a menudo hace que la identificación precisa sea problemática. Vegetio equipara el anterior *pilum* con su contemporáneo *spiculum*, y el *ango* germánico era un tipo de jabalina pesada similar. En los manuales militares el *verutum* era el tipo más común de entre varios tipos de jabalinas cortas y ligeras, que incluían también diseños moros y posteriormente eslavos. En las batallas formales éstas eran las más eficaces en las descargas a corta distancia, y eran preferidas como arma principal por la infantería en el combate irregular. Vegetio también menciona las *manuballistae* y *arcuballistae*, que eran diferentes tipos de ballesta, aunque el *solenarion* citado en el *Strategicon*, antes considerado un artefacto similar, se identifica ahora con una guía para las flechas con forma de lengüeta que permitía ampliar el alcance de los arcos convencionales. Los *mattiobarbuli* eran dardos con un peso de plomo, conocidos generalmente como *plumbatae*. Los más antiguos que se conocen datan del siglo III y tenían diferentes tamaños, peso y diseños. Se usaban probablemente en masa como táctica de choque. Vegetio afirma que gracias a su largo alcance proporcionaban a la infantería cerrada la misma potencia de fuego que los arqueros.

El comentario de Vegetio es significativo y muy instructivo. A lo largo de este período la infantería ligera (*leves armaturae, psiloi*) aparece en batallas, asedios y combate irregular, y hay un notable incremento en el número de unidades especializadas de arqueros (*sagitarii*). La aparición en el siglo II de los *lanciarii* o portadores de jabalina, primero como una clase diferenciada de soldados dentro de algunas legiones, más tarde como un título legionario, implica quizá un uso más abundante o especializado de la *lancea*, una jabalina de punta pequeña y asta corta, aunque hay diferentes opiniones sobre si la designación de los regimientos del siglo IV todavía reflejaban la función táctica de las unidades de aquella época o si hacían simplemente referencia a sus orígenes (el moderno ejército británico incluye regimientos de tanques llamados “Húsares” o “Lanceros”). También es posible que determinados nombres de origen étnico implicasen que se trataba de infantería ligera – los Isaurios, por ejemplo, parecen haber realizado funciones de portadores de jabalinas especialistas. Sin embargo, la infantería cerrada tardorromana poseía capacidades tradicionalmente atribuidas a la infantería ligera. Vegetio demanda que entre un cuarto y un tercio de todos los reclutas sean entrenados como arqueros, mientras que Mauricio indica que, como norma general, la infantería ligera creada *ad hoc* se formase separando entre un tercio y la mitad de las tropas que fuesen más hábiles con el arco. Ambos autores asumen una competencia con las hondas generalizada entre las tropas, unas armas que eran especialmente eficaces para causar confusión en las formaciones de caballería. Aunque mucho permanece sin resolver, esta diversidad de armaduras y armas dentro de las propias unidades, y especialmente el incremento de la potencia de tiro de la infantería cerrada, parece ser la continuación de un desarrollo iniciado en el siglo III, o incluso antes. Esto no quiere decir que la infantería ligera fuese redundante, tan solo que el papel y las capacidades de la infantería cerrada fueron cada vez más versátiles o “menos especializadas”, haciendo que los ejércitos tardorromanos fuesen potencialmente más adaptables y más capaces de improvisar en diferentes situaciones de combate.

A lo largo de este período la caballería se convirtió en el cuerpo mejor entrenado, mejor equipado y más versátil del ejército romano. Aunque la caballería romana se volvió más eficaz a la hora de cumplir con sus funciones tácticas originales, los principios fundamentales del combate a caballo permanecieron sin cambios. Los diferentes tipos de caballería cumplían diferentes funciones en diferentes fases del combate, pero la característica más significativa de la caballería siguió siendo su movilidad táctica, la cual determinó su utilización específica en el campo de batalla. En primer lugar, contrarrestaba y ahuyentaba a la caballería del oponente, privando al enemigo de la iniciativa táctica que le permitía ésta; por lo tanto, las batallas a menudo comenzaban con escaramuzas realizadas únicamente con caballería. En segundo lugar, ayudaba a romper las formaciones enemigas, presionándolas hasta el colapso mediante una combinación de proyectiles e impacto psicológico, especialmente en los flancos expuestos. En tercer lugar, acosaba al enemigo vencido, o, por el contrario, protegía la retirada. Hasta el siglo V la mayoría de las unidades de caballería *comitatenses* eran tropas equipadas con armadura y escudo y armadas con lanzas y jabalinas. Eran capaces tanto de hostigar como luchar cuerpo a cuerpo, intentando romper las formaciones enemigas con una carga pero, si se encontraba resistencia, podían echarse a un lado y desconcertar al enemigo con un lanzamiento de jabalinas, una maniobra que requería un entrenamiento y una habilidad ecuestre considerables. Su acoso al enemigo y el desgaste de su moral era a menudo un prelude del ataque principal de la infantería.

Las unidades de caballería más ilustres eran los pesadamente armados *cataphracti* y *clibanarii*, pero nunca fueron muy numerosos, y sería erróneo ver el tardorromano como un período de “progreso” lineal y constante hacia una caballería más pesada. Sin embargo, eran una fuerza potencialmente decisiva en las tácticas de batalla romanas. Aunque no están claras las diferencias exactas (si es que las había) entre los *cataphracti* y *clibanarii*, no parece que hubiera ninguna diferencia en cuanto a sus funciones en el combate. Su arma principal era la lanza de caballería o *contus*, que normalmente se usaba a dos manos, aunque a lo largo del imperio sin duda había un equipo más variado del que se

asume normalmente. Tanto los *cataphracti* como los *clibanarii* disfrutaban de una gran protección contra los proyectiles que en otros casos podían romper la cohesión de las formaciones cerradas de caballería. Hay algunas evidencias de que las mazas y los garrotes eran considerados las armas de cuerpo a cuerpo más efectivas contra los *cataphracti*, aunque sus peculiaridades son desconocidas. Estas unidades de choque intentaban acabar con la moral enemiga más que chocar directamente en cuerpo a cuerpo, y las descripciones de la época atestiguan su imponente imagen en el campo de batalla. Podían ahuyentar a la caballería rival, pero eran particularmente efectivos contra la infantería que ya mostrase señales de desorden o debilidad. La infantería romana veterana normalmente poseía la disciplina, moral y armamento para mantenerse firme ante tales arremetidas de los *cataphracti* persas o sármatas, pero pocos de los enemigos del imperio desplegaban con regularidad infantería de calidad comparable. Si la perspectiva de su aproximación no conseguía romper al enemigo, los *cataphracti* romanos normalmente tiraban de las riendas y se mantenían en una posición de amenaza mientras la caballería armada con arcos y jabalinas que los acompañaba continuaba acosando a la línea enemiga.

Mucho antes de la llegada de los hunos a finales del siglo IV ya existían numerosas unidades romanas de arqueros a caballo, normalmente reclutadas entre los súbditos orientales con una tradición de arquería bien establecida, especialmente los Osrhoeni del siglo III, o entre aliados armenios y sarracenos, una indicación de la importancia y rareza de estos importantes expertos. Sin embargo, los arqueros a caballo no son frecuentes en las historias del siglo IV. Su función era utilizar su maniobrabilidad táctica y potencia de fuego para ahuyentar a los tiradores del oponente y debilitar las formaciones y la moral enemigas, a menudo como preparación de un ataque de los *cataphracti*. Aunque los testimonios de disparos de precisión de ciertos individuos impresionaron a los historiadores, los arqueros a caballo eran más efectivos lanzando andanadas masivas como táctica de choque, ya que un caballo al galope no es la plataforma ideal para disparar con precisión. El desarrollo de la arquería a caballo romana en el siglo V es oscuro, aunque probablemente las antiguas tradiciones mesopotámicas de los arqueros a caballo con armadura cambiaron sustancialmente debido al contacto con los hunos. La influencia hunica incluía nuevos diseños de arcos compuestos pesados, equipo y técnicas de arquería y sillas altas de montar, cuyo uso se extendió probablemente durante las guerras de los hunos en el siglo V, o a través de los jinetes a caballo hunos o alanos que estaban al servicio de los romanos desde comienzos del siglo V.

Los jinetes a caballo “nativos” ya destacaban durante el reinado de Justiniano (527-65), con una reputación que le debe mucho al muy conocido panegírico introductorio de Procopio:

*Los arqueros actuales [toxotai] entran en batalla portando coseletes y equipados con grebas que llegan a las rodillas. En el lado derecho cuelgan sus flechas, en el otro lado su espada. Y hay algunos que tienen una lanza sujeta y, en los hombros, una especie de escudo de pequeño tamaño sin agarradera, de forma que cubre la región de la cara y el cuello. Son expertos jinetes, y pueden sin dificultad apuntar con sus arcos hacia ambos lados mientras cabalgan a toda velocidad, y disparar a un oponente tanto durante una persecución como en una huida.*



Bajorrelieve egipcio de marfil que muestra un arquero montado e infantería, todos ellos con armadura.

Los jinetes de Procopio se toman a menudo como el modelo de un nuevo tipo de “arquero de arco compuesto-lancero”, que combinaría las funciones de las tropas de choque y los tiradores, y cuya aparición quizá personifica la brecha que separaría a los ejércitos “romano” y “bizantino”. Pero Procopio describe lo que es esencialmente un arquero a caballo romano, definido por sus habilidades con el arco; el verdadero objetivo del historiador es refutar las comparaciones

entre los arqueros de su época y sus penosos homónimos de la época homérica. Habla de las lanzas sólo como armas adicionales usadas por unos pocos, y en gran medida el “arquero de arco compuesto-lancero” de Procopio es un ideal, posiblemente alcanzado solo por los oficiales o la caballería de élite como los *bucelarii*. Procopio elogia a los arqueros a caballo precisamente debido a su destacado papel en las reconquistas de Justiniano en el oeste. La superioridad en arquería fue fundamental para el éxito romano contra los vándalos y ostrogodos, los cuales desplegaban pocos o ningún arquero a caballo y por lo tanto preferían el combate cuerpo a cuerpo, mientras que Belisario, al evaluar los puntos fuertes del armamento ostrogodo y romano, dio órdenes estrictas de que se evitase este tipo de combate. La arquería a caballo fue la principal responsable de las espectaculares victorias de Taginae y Casilinum, pero su máxima eficacia se puede ver en las numerosas pequeñas escaramuzas alrededor de Roma en el 537-8. Sin embargo, eran necesarias diferentes tácticas al enfrentarse a pueblos que también desplegaban grandes cantidades de arqueros a caballo experimentados. Los hunos y ávaros poseían una pericia en la arquería a caballo que se remontaba a muy atrás. Estos pueblos usaban tácticas flexibles que hacían disminuir significativamente la eficacia de la potencia de fuego romana. La arquería rápida persa siguió siendo un problema táctico a lo largo de todo el período, a pesar del hecho de que, proyectil por proyectil, la arquería romana era más potente. En estas circunstancias las tropas romanas evitaban el combate mediante proyectiles y buscaban el combate cuerpo a cuerpo tan rápido como fuese posible para negar la superioridad de potencia de fuego enemiga. Éstos son, por supuesto, principios militares básicos, pero subrayan que el armamento, tipos de tropa y despliegue táctico variaron considerablemente según el lugar y el adversario.

Mientras que el guerrero “ideal” de Procopio marca una fase en el desarrollo del “arquero de arco compuesto-lancero” tardoromano, éste se convierte en el jinete romano estándar sólo al final de este período. En el *Strategicon* se espera de todos los jinetes que sean hábiles tanto con la lanza como con el arco, cambiando con facilidad de uno a otro. Las unidades de caballería estaban entrenadas para desplegar como *cursores* – en orden abierto, acosando al enemigo con flechas- y *defensores* – en despliegue cerrado y bien ordenado, que podía apoyar a los *cursores* si éstos no podían romper la formación enemiga y tenían que retirarse para reagruparse. Aunque los *cursores* y los *defensores* tienen sus orígenes en las funciones de la caballería de tiradores y de choque de un período anterior, Mauricio espera que cada unidad de caballería sea capaz de realizar ambas funciones. En realidad, la pérdida de especialización en armamento, entrenamiento y tácticas es una característica definitoria de la caballería de finales del siglo VI, un hecho que quizá se refleje en la aparente desaparición de nombres de unidades especializadas como *sagitarii* o *cataphracti*. Se puede identificar una influencia significativa de los enemigos orientales del imperio, que hacía tiempo que combinaban con eficacia las tácticas de los arqueros a caballo y los *cataphracti*. El equipo de algunos tipos de caballería persa, y ciertamente la panoplia requerida por las reformas de Cosroes I (531-79), sugieren que se esperaba de ellos que cumplieran ambas funciones.

El modelo táctico más inmediato, sin embargo, fue la caballería ávara que operaba en los Balcanes en la década del 560. En los listados del equipo reglamentario para la caballería romana, el *Strategicon* especifica repetidamente piezas “de diseño ávaro”, incluyendo túnicas estilo kaftan, armadura personal y ecuestre, así como tiendas de campaña; en muchos aspectos las caballerías romana y ávara habrían sido indistinguibles. Las únicas armas de inspiración ávara incluidas son “lanzas de caballería con una correa en el medio”, una sencilla modificación que permitía un mejor control en el combate. Los estribos (*skalai*) que aparecen mencionados por primera vez en el *Strategicon*, no se especifica que sean de origen ávaro, pero la conexión ha sido reconocida desde hace tiempo. Actualmente ya no se considera que los estribos fuesen un cambio revolucionario para el combate a caballo, mientras que las sillas de la época – tanto la romana de cuernos como la silla alta de la estepa – permitían una estabilidad considerable a los jinetes. Los estribos probablemente hicieron más fácil lo que ya era posible, pero esta innovación tuvo sin duda claros beneficios. La adopción rápida y universal de los estribos por la caballería romana se explica mejor dentro del contexto de un entrenamiento más rápido de las nuevas unidades de caballería, que en el siglo VI debían realizar tácticas muy exigentes, especialmente los arqueros a caballo, que necesitaban un mejor soporte lateral y control de sus monturas al girar en la silla. Mauricio en ningún momento espera alcanzar el ideal del guerrero de Procopio, pero sí requiere a todas las tropas montadas un grado moderado de precisión con el arco. De hecho, es probable que el “arquero de arco compuesto-lancero” de Mauricio fuese también más que nada un ideal. El Imperio de Oriente continuó reclutando unidades de caballería bárbara con habilidades marciales especializadas, como los hunos y turcos que servían como arqueros a caballo, y germanos como caballería tradicional con armadura, lanza y escudo, siendo los más conocidos entre éstos los lombardos reclutados por Tiberio II. El hecho de que Mauricio esperara que estos aliados combatesen según sus papeles tácticos especializados en la línea de batalla romana es probablemente un indicativo de que la cantidad de “arqueros de arco compuesto-lanceros” nativos era limitada.

Aunque las flotas tuvieron una importancia de tipo logístico, el combate en la Antigüedad Tardía fue sobre todo y con diferencia de tipo terrestre. Ciertas acciones navales pudieron ser significativas desde el punto de vista estratégico, un caso conocido el del 324, en el que la flota de Constantino forzó el cruce del Helesponto contra la flota de Licinio, de mayor tamaño. Pero incluso después del 430, cuando los vándalos desafiaron el dominio romano de 600 años de antigüedad del Mediterráneo Occidental, los encuentros navales formales fueron escasos. Pervive únicamente un

registro detallado de una batalla naval en la Roma tardía, cerca de Ancona en el 551, lo cual debe ser complementado con información muy breve y probablemente anticuada de los tratados militares. Las batallas navales parecen seguir siendo los encuentros costeros tradicionales, aunque entre barcos de guerra progresivamente más pequeños y ligeros, en los que el intercambio de proyectiles, disparos de artillería y armas incendiarias infligían bajas y desorganizaban las formaciones, al tiempo que se maniobraba con cuidado precediendo el ataque con espolones o el abordaje y combate cuerpo a cuerpo, que realizaba infantería pesadamente armada idéntica a la de las fuerzas terrestres. En el más amplio contexto de la seguridad fluvial y marítima, normalmente se usaban naves de patrulla – *scaphae exploratoriae*, *lusoriae*, dromons – en incursiones rápidas y para interceptar las incursiones enemigas, como contra los alamanes en el Rin o los eslavos en el bajo Danubio. Los romanos siempre disfrutaron de superioridad en naves y capacidad náutica en tales combates, frustrando con facilidad los desafortunados esfuerzos de los pueblos bárbaros por llevar a cabo iniciativas navales; como por ejemplo al destruir grandes cantidades de canoas eslavas durante el asedio de Constantinopla por los ávaros y eslavos en el 626. Los romanos no tuvieron un desafío serio hasta el desarrollo de las flotas árabes a mediados del siglo VII.

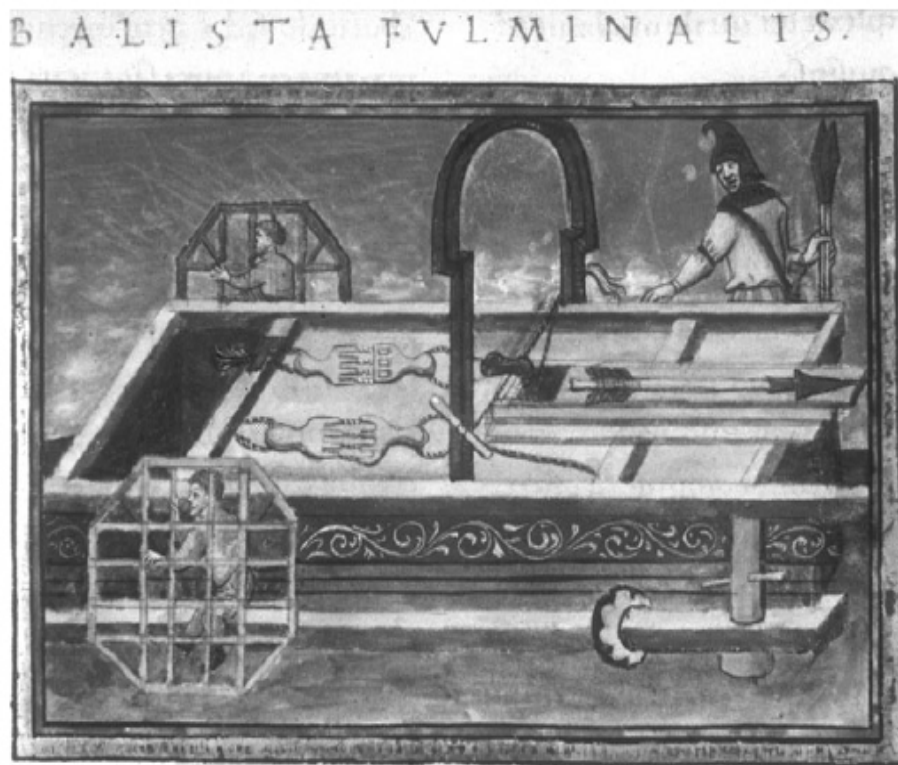
### III. ASEDIO

Los asedios constituyen más de la mitad de los encuentros de la Antigüedad Tardía. Teniendo en cuenta la relativa escasez de ofensivas romanas a gran escala antes del siglo VI, las tropas romanas tuvieron normalmente el papel de defensores, y eran más a menudo *limitanei* que *comitatenses*. Este cambio de perspectiva es evidente en los tratados de la época, los cuales se habían centrado hasta el momento en la poliorcética ofensiva. Aunque se producían asedios durante las guerras civiles, normalmente las fuerzas romanas sólo se veían obligadas a realizar grandes operaciones de asedio en la frontera oriental. Sin duda la guerra de asedio en este teatro de operaciones era más compleja en todos los aspectos. De todos los enemigos de los romanos, sólo los persas, en parte imitando técnicas romanas, en parte por herencia de tradiciones poliorcéticas de la región mucho más antiguas, poseían normalmente la capacidad tecnológica y logística necesarias para preparar operaciones de asedio prolongadas y tenaces, como su asedio de tres meses de Amida en el 502/3 o el de seis meses de Dara en el 573. En Europa, los pueblos germánicos normalmente no tenían las capacidades logísticas y tecnológicas necesarias para llevar a cabo asedios largos y exitosos contra las fortificaciones romanas, pero usaban otros métodos como los asaltos por sorpresa, la traición y el engaño. Los hunos fueron los más exitosos, debido a la disponibilidad de gran cantidad de súbditos prescindibles y el ocasional acceso a la tecnología de asedio romana, como durante su decidido sitio de Naissus en el 442 o Aquilea en el 452. Factores parecidos sustentan la base de los éxitos ávaros a finales del siglo VI y comienzos del VII, aunque son también significativos los nuevos tipos de máquinas de guerra que introdujeron en Europa, provenientes de la esfera cultural china.

Lo más esencial del asedio cambió muy poco en la Antigüedad Tardía, una impresión acentuada por los intereses estilísticos de los historiadores, que buscaban imitar los elementos del asedio “de Tucídides”; sin embargo, hubo desarrollos específicos de este período. Los dos métodos básicos de asedio, el sitio y el asalto, se emplearon tanto por separado como combinados. Con el sitio se buscaba restringir y manipular los suministros y la información con el fin de reducir los recursos y la moral de los defensores, aterrorizar a la población civil y fomentar la traición y los conflictos entre facciones. Los defensores romanos estaban determinados a mantener una moral alta, especialmente entre la población civil, y en esto la ideología, instituciones y personal religiosos tuvieron un papel cada vez mayor, el caso más notable el de la defensa de Theodosiopolis por el obispo Eunomio en el 421/2, en el que una máquina lanzadora de piedras se bautizó como “Tomás el Apóstol”, o los monjes que defendieron las almenas en Mardín en el 608 después de que la guarnición huyese ante los persas que se acercaban. Para un asediador sin prisas, el sitio era claramente la opción más económica en términos de bajas, aunque requería suficiente apoyo logístico y la ausencia de un ejército de campaña enemigo a lo largo de todo el asedio. La limitación de comida y especialmente agua era posiblemente un fenómeno mucho más frecuente que la maquinaria e ingeniería de gran sofisticación que tanto destacan en los textos históricos. Los romanos podían montar bloqueos a gran escala, aislando regiones enteras que estuviesen bajo el control enemigo, como les ocurrió a los godos en la cordillera del Hemo en el 377 o a Alarico en el valle del Po en el 402. Sin embargo, los asedios tardorromanos parecen menos decididos y concienzudos. La circunvalación que era la norma en las operaciones de épocas anteriores se vuelve mucho más rara a partir de principios del siglo III. En la práctica, el sitio frecuentemente equivalía a un campamento cercano y a las tareas de reconocimiento y forrajeo asociadas, lo que dejaba la tarea incompleta y a los asediadores vulnerables a las salidas. Durante los sitios hay diferentes casos de asaltos por sorpresa, traición y engaño que tuvieron como resultado la captura o rendición de las fortificaciones.

El asalto directo se intentaba normalmente sólo después de que hubieran fallado otros métodos más económicos o para anticiparse a una fuerza de rescate. La superioridad en máquinas, ingeniería y especialmente potencia de fuego era normalmente decisiva. Limpiar una sección de la muralla de defensores mediante la concentración de fuego de proyectiles era un paso preliminar esencial para el asalto, mientras que los defensores intentaban destruir el equipo de la fuerza asediadora y mantener sus fuerzas alejadas de las murallas mediante proyectiles, obstáculos físicos, salidas y contraingeniería. Los romanos continuaron contruyendo y desplegando artillería y máquinas de guerra, los cuales

estaban normalmente más allá de las capacidades de sus enemigos. La denominada *catapulta* hasta el siglo IV, una máquina de torsión de dos brazos lanzadora de virotes, fue más adelante llamada *ballista*, un término previamente aplicado a un lanzador de piedras de torsión de dos brazos.



Pieza de artillería romana de un MS de *De rebus bellicis*.

Las *ballistae* tenían importancia principalmente en el tiro antipersonal, pero podían también afectar a la moral enemiga. El único aparato lanzador de piedras tardorromano fue el onagro o “asno salvaje”, una honda de un solo brazo insertada en un robusto resorte de torsión montado sobre una pesada base. Era más tosco y menos preciso que su predecesor, la *ballista* lanzadora de piedras de dos brazos, pero más sencillo de construir y utilizar. Los lanzadores de piedras, aunque también eran máquinas antipersonales, podían crear y aprovechar puntos débiles en las defensas, especialmente al concentrar el fuego en las puertas o torres, pero eran particularmente efectivos contra la artillería y las máquinas del oponente. Tanto la artillería lanzadora de virotes como la lanzadora de piedras podían disparar diferentes tipos de proyectiles incendiarios.

A menudo se asume que la artillería de torsión montada sobre una base siguió estando en uso a lo largo de todo el período, pero el asunto no está claro. Las máquinas de torsión más sencillas como el onagro sin duda persistieron, y los hallazgos arqueológicos confirman también la continuidad en el siglo IV de los lanzadores de virotes de torsión, pero los testimonios de construcción de *ballistae* posteriores son ambiguos. Desde luego la *ballista* montada sobre una base descrita por Procopio en la década del 530 parece tratarse más bien de una máquina de tensión. Esta transformación en la artillería romana no debe tomarse necesariamente como una señal de “decadencia” tecnológica, sino que más bien refleja la relativa utilidad de la artillería de tensión, la cual, aunque es menos potente que las máquinas de torsión, es más fiable y mucho más fácil de fabricar, calibrar, mantener y utilizar. Además, los ávaros introdujeron nuevos “lanzadores de piedras” (*petroboloi*) de tracción, que aparecen por primera vez en el sitio de Tesalónica en el 586. Estas máquinas gigantes de origen oriental eran fáciles de construir y manejar, y “arrojaban montañas y colinas” con gran poder destructivo. Esta máquina era un distante antepasado del trebuchet de contrapesos medieval.

Las torres de asedio móviles proporcionaban a la artillería mejores líneas de tiro y, si el terreno lo permitía, ofrecían a las tropas de asalto acceso a las almenas. Se encontraban dentro de las posibilidades de la mayoría de los enemigos de los romanos, como los godos en los Balcanes en las décadas del 240-250 y ante Roma en el 575, y en los asedios ávaros de Tesalónica en c. 616-618 y Constantinopla en el 626. Los montículos o rampas de madera y tierra proporcionaban plataformas de tiro de mayor altura y facilitaban los trabajos de ingeniería contra las murallas, a lo cual los defensores podían responder haciendo éstas más altas, al tiempo que intentaban minar las estructuras de los asediadores. En ocasiones los persas también empleaban elefantes como plataformas de tiro móviles. Las operaciones de ingeniería, realizadas debajo de cubiertas y pantallas móviles, consistían principalmente rellenar los fosos, eliminar obstáculos para

las máquinas de guerra, minar los cimientos o cavar túneles para infiltrarse en las fortificaciones. Los arietes se usaban contra puntos débiles identificables, a menudo puertas o secciones dañadas por el minado, mientras los defensores hacían agotadores esfuerzos por destruir el vehículo del ariete, desviar sus golpes o hacer más grueso el muro. Fuera cual fuera el método utilizado, a la apertura de una brecha normalmente le seguía un asalto directo de tropas con armaduras pesadas, durante el cual se suponía que habría un combate encarnizado y numerosas bajas. Los tratados de la época, apoyados por varios ejemplos históricos, aconsejaban que se dejase escapar a las guarniciones fuertes al caer una ciudad para evitar los daños que pudieran provocar en una defensa desesperada. En caso de que lo permitieran las condiciones políticas, el saqueo de una ciudad premiaba a los sitiadores por su agotador esfuerzo, y reforzaba las relaciones entre el comandante y la tropa.

#### IV. LA BATALLA TARDORROMANA

El predominante interés de los historiadores militares por la reconstrucción detallada de la experiencia de combate de un soldado corriente todavía debe considerar la batalla tardorromana. Aunque aun queda mucho por aclarar, y la “batalla típica” es una abstracción engañosa, es posible identificar características constantes en la forma en que luchaban los ejércitos romanos entre finales del siglo III y comienzos del siglo VII, y hasta cierto punto esclarecer cómo era la experiencia de combate. Los comandantes tardorromanos desplegaban sus fuerzas según su tamaño y composición, el terreno en el que se encontraban y el adversario. Después de haber obtenido información de exploradores, prisioneros o desertores, y teniendo especial cuidado en evitar una posible estratagema enemiga, los generales seleccionaban el terreno más adecuado para una emboscada o batalla formal, aunque ambas cosas no eran excluyentes. Contra bárbaros que se encontrasen dispersos, los comandantes romanos empleaban tácticas irregulares para inducirlos a concentrar sus fuerzas, tanto para agravar sus dificultades logísticas como para provocar un encuentro masivo en el que los romanos normalmente tendrían ventaja. Éstas fueron las tácticas que llevó a cabo el *magister militum* Sebastián contra los saqueadores godos en el 378, lo que llevó directamente a la deseada concentración de fuerzas enemiga en Adrianópolis, en donde la decisión del emperador Valente de enfrentarse a las fuerzas godas antes de que se dispersasen de nuevo fue menos impulsiva de lo que se asume normalmente.

El despliegue en batalla permaneció como la tradicional línea de batalla del Principado -infantería cerrada acumulada en el centro, caballería en los flancos y los arqueros normalmente disparando por encima de las cabezas desde la retaguardia. Los romanos se desplegaron de esta forma en Estrasburgo y en Adrianópolis, y las mismas líneas apiñadas de infantería se desplegaron en Taginae y Casilinum. El ligero incremento en la cantidad de unidades de caballería y el cambio de dinámicas en las batallas del siglo VI no alteraron significativamente este despliegue convencional. La estabilidad de la línea de infantería podía reforzarse situando artillería en la retaguardia y los flancos. Los *carroballistae* eran lanzadores de virotos montados en carros, posiblemente de tipo torsión en origen, y más tarde de tensión; aunque su número era escaso, su sofisticación y precisión podía dañar a la moral del enemigo. Se podían emplear obstáculos artificiales como fosos, líneas de carros, abrojos y caballos de frisia para reforzar la línea de infantería o desorganizar el ataque enemigo.

El flanqueo y el envolvimiento eran a la vez el mayor miedo y la mayor aspiración de los comandantes romanos, y a menudo se convertían en el punto decisivo de un encuentro. Cuando era posible, uno o ambos flancos se apoyaban en obstáculos naturales como colinas, ríos o pantanos o, como alternativa, se podía “negar” o extender el flanco para evitar el flanqueo. Los historiadores de la época frecuentemente mencionan una línea de batalla “en media luna” (*lunaris, bicornis, menoeides*); Juliano desplegó su línea en una forma con dos salientes cerca de Brumath en el 356, y “en la forma de media luna con los flancos curvos” en Maranga en el 363. En Taginae y en Casilinum, la amplia “formación en media luna” de Narsés hizo uso de una potencia de fuego de arquería devastadora para infligir tremendas bajas en un enemigo que estaba casi envuelto, y Prisco usó un despliegue parecido contra los ávaros cerca de Viminacium en el 599.

El mantenimiento y el uso oportuno de reservas, tan fundamental en las tácticas romanas más tempranas, parecen haber subsistido, al menos hasta finales del siglo IV, para contrarrestar rupturas y flanqueos enemigos y para renovar el ímpetu contra enemigos ya cansados. El caso más claro en Estrasburgo, en el que la sucesiva incorporación de reservas frenaron la arremetida alamánica. Para el siglo VI, el papel más defensivo de la infantería en batalla queda típicamente reflejado en el uso de una única línea de batalla, aparentemente sin subunidades diferenciadas más allá de una división general tripartita en derecha, centro e izquierda. Sin embargo, todavía se mantenían tropas para reaccionar a emergencias o para explotar éxitos; en Casilinum Narsés tapó un hueco de su línea en formada por la punta de la cuña franco-alamánica usando una fuerza de reserva de hérulos. No debería tomarse demasiado en cuenta la crítica de Mauricio a los despliegues romanos (y persas) en una única línea sin reservas, en contraste con la práctica ávara y turca; esta afirmación se refiere expresamente a fuerzas formadas exclusivamente por caballería, proclives a perder la coordinación y reservas imprevistas, y se encuentra en un contexto en el que Mauricio anima a usar mejores tácticas de caballería. Las reservas de infantería podían desplegarse en un *cuneus* o cuña, también llamado *caput porcinum* o

“cabeza de cerdo”, una formación densa y de frente estrecho que podía romper la formación enemiga. A menudo se asume que es de origen germánico, similar al *svínfylking* (“despliegue del cerdo”) que apareció más tarde en la guerra vikinga. Sin embargo, puede que la “cabeza de cerdo” sea un ejemplo de expresión “bárbara” de uso popular que hace referencia a una formación romana ya existente, y no una prueba de la “germanización” de las tácticas romanas.

Después de dar las órdenes de batalla a los comandantes de las unidades, la capacidad de un general para controlar el curso de los acontecimientos era bastante limitada. Su papel era básicamente dirigir las reservas y estimular la moral mediante muestras visibles de liderazgo. Su séquito personal de *bucelarii* proporcionaba oficiales a los que podía delegar tareas específicas, así como tropas con un entrenamiento y unas habilidades marciales excepcionales que le permitían intervenir con más eficacia que con su simple presencia personal; Tanto Belisario como Narsés llevaron a cabo operaciones tácticas exitosas usando únicamente estas tropas de disponibilidad inmediata. La comunicación de órdenes y señales, tanto visuales como verbales, eran temas importantes en los tratados militares, especialmente en el contexto de ruido, confusión y estrés enfatizado por las fuentes históricas. Las limitaciones de las comunicaciones durante la batalla quedan ilustradas por el comentario de Procopio de que en sus tiempos las diferentes señales de tropeta del ejército romano habían quedado en desuso. Las divisiones principales de la línea de batalla romana, por tanto, tenían un considerable grado de independencia táctica durante el combate, y se delegaban importantes responsabilidades y decisiones críticas en los oficiales superiores y subalternos. La pobre coordinación entre los comandantes de división podía resultar en un desastre, como ocurrió en la batalla de Yarmuk en el 636, en la que un gran ejército romano oriental, desplegado en un terreno abrupto a lo largo de un amplio frente, fue destruido por partes en una serie de acciones aisladas.

A medida que los ejércitos contendientes se iban aproximando las escaramuzas preliminares de los arqueros y honderos, que comenzaban a disparar a distancia extrema (c. 300 metros) iban causando bajas, socavando la moral y causando confusión. La eficacia de los arcos podía verse afectada por las condiciones del viento o incluso la humedad. La infantería cerrada romana cerraba filas hasta que quedaban “casi pegados unos a los otros”, mientras que su disciplina y despliegue en silencio podían socavar la confianza del enemigo. Tales formaciones compactas requerían poca iniciativa o habilidad por parte de la mayoría de los soldados. Los menos experimentados se situaban en el centro de la formación, con los oficiales subalternos en el frente y la retaguardia, los pesadamente armados “líderes de fila” y “últimos de fila”, respectivamente, los cuales prevenían la huida y literalmente empujaban a los soldados hacia la formación. En esta solución al problema de desplegar tropas de diferente calidad, el éxito dependía menos en el entrenamiento con las armas y la valentía individuales que en la cohesión, disciplina y aguante de la unidad.

La infantería tardorromana normalmente permanecía quieta para recibir los ataques de la infantería del oponente, especialmente si se trataba de pueblos germanos, cuyas arremetidas se rompían mediante un uso de formaciones compactas y una descarga continua de proyectiles. Al entrar en la distancia de tiro de los proyectiles enemigos (unos 120 metros) las filas delanteras formaban su “muro de escudos”. Mauricio llama a esto *fulcrum*:

*los hombres desplegados en la primera fila unían sus escudos hasta que sus umbos se tocaban unos con otros, cubriendo completamente sus estómagos casi hasta sus espinillas. Los hombres situados justo detrás de ellos, alzando sus escudos y apoyándolos sobre los umbos de los escudos de los hombres del frente, cubrían el pecho y la cara de éstos, y de esta forma entraban en combate.*

(Mauricio, *Strategicon* 12.B.16.33-8)

El término es de origen germánico, pero el *fulcrum* de Mauricio no es una innovación o “barbarización”; las narraciones históricas tardorromanas informan de “muros de escudos” o “enganches de escudos” comparables, a veces usando el término tradicional *testudo*. En Estrasburgo, la infantería romana “cubriendo sus cabezas con una barrera de escudos... formaron un frente con sus broqueles unidos”, hasta que los alamanes “mediante golpes incesantes de espada se abrieron camino por la cerrada estructura de los escudos, la cual protegía a nuestros hombres como un *testudo*”. El “muro de escudos” era una maniobra difícil pero proporcionaba protección contra los proyectiles durante la última y más peligrosa fase del acercamiento, durante el que la infantería en orden cerrado de las filas posteriores mantenía una constante lluvia de jabalinas y *plumbatae*, y los arqueros disparaban en trayectorias altas desde la retaguardia. Si ningún bando se desbandaba, las filas delanteras entraban en una lucha cuerpo a cuerpo con lanzas y *spathae*, las cuales podían penetrar la armadura y destrozar el entablado de los escudos. La armadura extra de los “líderes de fila”, junto con la cohesión de unidad y a menudo la superioridad en potencia de fuego de proyectiles, hacía que los romanos estuvieran mucho mejor preparados para este tipo de lucha que muchos de sus enemigos, especialmente si se prolongaba más allá del choque inicial. Las líneas de batalla romanas en Estrasburgo y Casilinum se mantuvieron firmes incluso después de que el enemigo hiciese una brecha, y en Adrianópolis solo se rompió la formación en una situación insostenible después de un prolongado combate cuerpo a cuerpo. Los altos niveles de bajas ocurrían cuando uno de los dos bandos se desbandaba debido a la inferioridad numérica, una moral dudosa o por ataques por sus flancos o retaguardia.

A lo largo del período se emplearon eficazmente formaciones de infantería compactas similares contra oponentes montados. Mantenerse firme ante la caballería lanzada a la carga era una de las tareas más exigentes pero, contrariamente a la imagen convencional, la infantería tardorromana no sólo era capaz de mantenerse firme ante los ataques de la caballería, sino que detener a ésta era una de sus funciones principales. Mauricio afirma categóricamente “No se debe involucrar a demasiados jinetes en batallas de infantería”, y cree que incluso la mera aparición de infantería bien ordenada evitaría los ataques de la caballería enemiga. La infantería tenía la ventaja de ser capaz de desplegar en terrenos abruptos, pero incluso en terreno llano una formación densa y bien protegida con escudos, presentaba un obstáculo inamovible, manifiestamente antagónico a la naturaleza fluida del combate a caballo. Al enfrentarse a las cargas de caballería, Mauricio demanda que las tres primeras filas formen un *fulcrum*, un muro de escudos erizado de lanzas, y que “se apoyen en sus hombros y usen su peso contra los escudos de forma que puedan aguantar fácilmente la presión”. De nuevo, el *fulcrum* de Mauricio es menos novedoso de lo parece, y recuerda las tácticas descritas en el *Acies* de Arriano, un texto que Mauricio parece haber conocido y adaptado a las circunstancias de su época, en sí mismo una indicación de la continuidad a lo largo del tiempo de las respuestas tácticas romanas a la caballería. Las narraciones históricas atestiguan despliegues similares; cerca de Constantina, en el 502, la infantería romana, al enfrentarse a la caballería persa, “se aproximó en formación de batalla, formando lo que se conoce como “tortuga”, y luchó durante largo tiempo”. Cuando tales formaciones se combinaban con el uso de arqueros los efectos eran devastadores, el caso más conocido en Taginae en el 552, en donde la línea romana resistió la carga frontal de la caballería ostrogoda. Las formaciones de la infantería romana también actuaban como firmes baluartes detrás de los cuales la caballería romana podía retirarse y reagruparse si era rechazada. Tras la derrota de la caballería romana en Calinicum en el 531, una pequeña fuerza de infantería cubrió la retirada de una forma que recuerda poderosamente al *fulcrum* de Mauricio:

*la infantería, y sin duda eran pocos, estuvo luchando contra toda la caballería persa. Sin embargo, el enemigo no podía hacerlos huir ni vencerlos de ninguna otra forma. Al estar todo el tiempo hombro con hombro en un pequeño espacio, y formando con sus escudos una barrera muy resistente, disparaban a los persas con mayor facilidad que éstos a ellos. A menudo los persas se retiraban y luego avanzaban contra ellos como si fueran a romper y deshacer la línea, pero se retiraban de nuevo sin éxito.*

(Procop. Guerras 1.18.45-8)

La infantería tardorromana, con entrenamiento y moral suficiente, tenía potencialmente mayor cohesión y una potencia de fuego más precisa que la caballería.

Desafortunadamente, el único tratado técnico sobre combate de caballería romana es del final del período, del *Strategicon*, en el que, en teoría, el “arquero de arco compuesto-lancero” ya ha asumido las funciones tácticas de la caballería de choque y de proyectiles de épocas anteriores, aunque merece la pena reiterar la satisfacción de Vegecio con la caballería de su tiempo. Mauricio dedica dos libros (2-3) a hacer un tratamiento esquemático de los principios fundamentales del combate a caballo, que generalmente se corresponde con las evidencias que se tienen de la caballería de otros períodos. La carga de caballería ideal aspiraba a romper las formaciones enemigas, tanto de infantería como de caballería, lanzando un muro de jinetes cuyo máximo impacto psicológico dependía de maniobrar eficazmente en formación cerrada y del fuego de proyectiles de apoyo. La pérdida de cohesión era un potencial problema; varias referencias a los *cataphracti* registran casos de cargas incontroladas o retiradas desordenadas. Por lo tanto, los ataques de la caballería se llevaban a cabo en distancias cortas, en terreno llano y “en buen orden, a medio galope y no impulsivamente, para que la formación no quede desordenada por el paso rápido antes de llegar al cuerpo a cuerpo, lo cual es un serio peligro”. No hay datos sobre el despliegue de la caballería para la mayor parte de este período, pero el *Strategicon* describe unidades de hasta diez de profundidad, siendo la profundidad más que la longitud de la formación lo que permitía más cohesión mientras se maniobraba, aunque esta profundidad podía verse reducida en los regimientos de élite; “ya que se encuentran muy pocos soldados excepcionales en cualquier unidad, es necesario regular la profundidad según la calidad de las unidades”. Como ocurría en las formaciones de infantería, los oficiales subalternos experimentados y equipados con armaduras pesadas formaban la fila delantera, y a veces iban también armados con escudos; de hecho parece que los oficiales subalternos de caballería eran llamados de forma colectiva *cataphractarii* incluso en unidades que no tenían esa denominación. Mauricio usa a los hombre más ligeramente armados del centro de la formación para disparar descargas de flechas por encima de las cabezas de sus compañeros para desconcertar aún más al enemigo durante el ataque, aunque en los siglos IV y V, y probablemente también en los tiempos de Mauricio, este papel sería asignado a las unidades de apoyo de arqueros especialistas, ya fueran *sagitarii* romanos o bien aliados.

El factor esencial en estas disposiciones era la extrema fluidez e impredecibilidad del combate a caballo, especialmente en las fases iniciales de la batalla, en las que las fuerzas enfrentadas de caballería intentaban expulsarse unas a las otras del campo de batalla. En estas circunstancias, la lucha cuerpo a cuerpo en un combate cuerpo a cuerpo sería breve e inestable. Mantener o recuperar el ímpetu del ataque era la consideración individual más importante. Mauricio describe el combate a caballo como una serie de “persecuciones y contra-persecuciones”, y esta naturaleza fluida está registrada por los historiadores de la época, especialmente Procopio, el cual señala que “la batalla se había convertido en una fiera

lucha cuerpo a cuerpo. Y ambos bandos seguían haciéndose persecuciones que daban la vuelta rápidamente en un sentido u el otro, ya que todas las fuerzas eran de caballería” y que “cuando las fuerzas enfrentadas avanzaron, ambas dudaban o seguían avanzando al retirarse el enemigo, y perdían mucho tiempo en retiradas y contra-persecuciones y maniobras con giros rápidos”. A las mejores unidades de caballería romana se las entrenaba para controlar sus retiradas y renovar su ataque. En Tricamerum, en el 533, la caballería romana hizo tres cargas consecutivas contra la línea vándala, en cada una de las cuales se iban involucrando más unidades romanas. Con estas características en mente, Mauricio insiste en la importancia de desplegar la caballería en más de una línea, especialmente al luchar contra los ávaros. Idealmente, si la primera línea no tenía éxito al intentar hacer huir al enemigo en su carga inicial, debería volver atrás y girar alrededor del enemigo que los estuviera persiguiendo; la segunda línea tendría que entrar en combate solo cuando la primera línea hubiera hecho varios intentos de reagruparse y volver a entrar en combate.

Básicamente, es debido a la naturaleza volátil del combate a caballo que Mauricio, a pesar de proporcionar modelos teóricos para fuerzas formadas únicamente por caballería que aplicables a diferentes eventualidades, raramente imagina su aplicación práctica en el campo de batalla sin la presencia de una fuerza de infantería que sirviera como punto de reagrupamiento estable. La indicación más clara de los peligros existentes es la regularidad con la que la caballería se transforma en infantería. Una acción en Lazica en el 550 es particularmente instructiva, en la que la caballería romana y aliada, encontrándose de repente superada en número por jinetes persas, desmontó y

*se desplegaron a pie en una falange lo más profunda posible, y todos se mantuvieron firmes formando un frente cerrado contra los enemigos y golpeándoles con sus lanzas. Y los persas no sabían qué hacer, ya que no podían cargar contra sus oponentes ahora que estaban a pie, ni podían romper la falange.*

*(Procop. Guerras 8.8.31-4)*

En momentos de crisis o incertidumbre – al haber perdido el ímpetu o al encontrarse en terreno abrupto – o simplemente en donde era tácticamente beneficioso, la caballería tardorromana prefería las ventajas que poseía la infantería sobre la caballería. Aunque en todos los casos esto era algo más conveniente que deseable, era sin embargo un fenómeno poco común en siglos anteriores, y que debería quizá modificar las categorizaciones estrictas de “infantería” y “caballería” de la Antigüedad Tardía.

La caballería romana también operaba en diferentes formaciones “irregulares” o no lineales, incluyendo el tradicional *cuneus* o “cuña”, y el *drungus*, cuyo primer testimonio data del siglo IV pero que es casi con toda seguridad anterior. El término *drungus*, originalmente jerga militar de origen galo, se aplicaba a una agrupación flexible más apta para emboscadas y ataques por sorpresa, y era especialmente importante en las maniobras de flanqueo en el campo de batalla. Las capacidades de la caballería romana en diferentes estratagemas parece que se ampliaron mediante el contacto con pueblos provenientes de la estepa, como los hunos, ostrogodos y posiblemente los sármatas del Danubio. Éste fue el caso de la huida fingida, que los autores romanos habitualmente designan “escita” o “bárbara”, en la que la caballería simulaba la retirada y luego giraba enfrentándose a sus desorganizados perseguidores, a veces en combinación con tropas emboscadas ocultas. Esta maniobra, extremadamente difícil y que siempre podía degenerar en una verdadera retirada, era rara entre la caballería romana más temprana, siendo el primer ejemplo claro el de la derrota que infligió Aureliano a los *cataphracti* de Palmira en Immae en el 272. Posteriormente el uso de la huida fingida aparece documentada frecuentemente y los diferentes autores tácticos la presuponen dentro de las capacidades de la caballería romana, un testimonio a su entrenamiento y coordinación. Parece que la caballería persa tardía también desarrolló tácticas parecidas.

La caballería romana era la responsable de convertir la derrota del enemigo en una huida definitiva. A lo largo de todo el período, aceptando la exageración del vencedor, la habilidad de los romanos para maximizar las victorias queda reflejado en pérdidas normalmente asimétricas; en Estrasburgo murieron 243 soldados romanos y cuatro oficiales subalternos, quizás un total de 1.000 bajas, mientras que los alamanes perdieron 6.000-8.000. En las afueras de Ctesifonte, en el 363, 2.500 persas fueron muertos en la huida frente a unas pérdidas de 70 romanos, y de forma parecida 800 vándalos murieron frente a 50 romanos en Tricamerum. No obstante, los dos tercios del ejército muertos en Adrianópolis se trataron de una masacre excepcional. Mauricio condena vigorosamente la práctica romana de su época de realizar persecuciones desorganizadas y limitadas. Ciertamente, varias de las victorias del siglo VI resultaron ser poco decisivas o transitorias, a menudo cuando las tropas victoriosas se desviaban prematuramente del objetivo para saquear a los muertos o el bagaje del enemigo, un comportamiento que el código penal militar equiparaba a la desertión, lo que conllevaba la pena capital. El problema no era universal ni nuevo, sin embargo; las críticas de Mauricio están relacionadas más bien con las condiciones de su época, especialmente la habilidad de los pueblos “escitas” derrotados para darse la vuelta de repente sobre sus perseguidores. En este contexto subraya algunas disposiciones tácticas en las que los *cursores* y los *defensores* cooperasen en operaciones que ar8□ēfūct□ial2s pi□ōjfmirupentrs. lurū

La disparidad en las bajas refleja la oportunidad que tenía el vencedor para tratar a sus heridos y acabar con los del enemigo. Las bajas romanas eran también menos proclives a resultar fatales gracias a la existencia de ordenanzas médicos para trasladar a los heridos incluso durante el combate y a la continua provisión de lo que era una impresionante capacidad médica para el siglo VI. El destino de los prisioneros variaba considerablemente según las

maniobra. A las unidades de caballería se les demandaba especialmente la práctica en retirarse, girar y renovar el ataque, maniobras esenciales para mantener el ímpetu en combate a caballo, así como ejercicios *ad hoc* en formaciones irregulares.

Hay pruebas de que hubo una continuidad en el entrenamiento de campo, llamado anteriormente *ambulatio*, *decursio* o *decursus*, que equivaldría a las “maniobras” en el lenguaje militar moderno. Estos ejercicios a gran escala combinaban marchas en diferentes tipos de terreno con despliegues tácticos tanto de infantería como de caballería. Podían ser también los momentos en los que se realizaban batallas simuladas a gran escala, que permitían entrenar a las unidades para que cooperasen en la línea de batalla, ofrecían una forma de prepararse psicológicamente para el combate y probaban las habilidades de mando de los oficiales. Existía una larga tradición de combate simulado en el ejército romano, que estaba diseñado para apartar a todas las tropas, reclutas y veteranas, del entrenamiento de la plaza de armas y minimizar el impacto y las incertidumbres de la batalla. Otro asunto del entrenamiento de la caballería romana relacionada con lo anterior era la caza a gran escala, que proporcionaba experiencia táctica y un entrenamiento con las armas con marcado realismo. Los autores militares siempre tuvieron un gran interés en los *cynetica* o tratados de caza. La detallada descripción de una *grande chase* incluida en el *Strategicon*, sin embargo, no tiene precedentes, y hacía participar en ella a hasta mil jinetes en un anillo de siete u ocho millas que se iba cerrando progresivamente, un ensayo de tácticas de envolvimiento de formaciones enemigas y de cerco de prisioneros para su interrogación. La abierta similitud con la “línea de batalla escita” sugiere un origen huno, una hipótesis apoyada por su cercano parecido con el posterior *nerge* mongol – una combinación de entrenamiento militar y expedición de caza – por lo que el ejército romano estaría recreando una práctica cuyo origen estaría en la sociedad nómada de la estepa.

El éxito en combate estaba sin duda determinado en una gran parte por la moral y *sprit de corps* de las tropas. Los comandantes romanotardíos, en no menor medida que en otros períodos, estaban interesados en motivar a los hombres, que a menudo estaban asustados o descontentos, usando diferentes incentivos y medidas disuasorias, y al mismo tiempo en romper la confianza del enemigo. Las evaluaciones modernas de la moral en los ejércitos antiguos se arriesgan a convertirse en generalidades y anacronismos basados en marcos psicológicos modernos, pero es posible identificar factores que inhibían o fomentaban la moral en combate durante este período. Tradicionalmente, la *disciplina* de los profesionales con un largo período de servicio era, para los autores romanos, la cualidad que más distinguía a las tropas romanas de las bárbaras, aunque la distinción es hasta cierto punto retórica. Las fuentes de la época se lamentan de la decadencia de la disciplina, lo que parece haber sido una preocupación genuina, especialmente en el siglo VI, aunque sería muy fácil exagerar el problema. Ciertamente hay casos de indisciplina entre los soldados, particularmente entre soldados “bárbaros” alojados en poblaciones civiles, pero este tipo de críticas existieron a lo largo de toda la historia romana. En definitiva, no hay pruebas de que esta indisciplina fuera del campo de batalla conllevara un pobre rendimiento en el combate; podría ser incluso un buen indicativo de temperamento marcial. La disciplina y la motivación en el campo de batalla combinaban la persuasión y el ejemplo con coacciones y castigos, y dependían considerablemente de la autoridad del comandante y sus oficiales, así como de la calidad de las tropas, especialmente cuando los ejércitos contenían grandes contingentes aliados. Al menos hasta el siglo IV el bajo rendimiento en batalla se combatía con las tradicionales amenazas, humillaciones y castigos ejemplares, a menudo impuestos a regimientos enteros para incentivar la responsabilidad colectiva y la lealtad al grupo. La pena capital era ahora poco habitual, y no se oye hablar de ninguna unidad diezmada, aunque ambos permanecieron como castigos en la normativa. Hubo problemas en las condiciones de servicio del siglo VI relacionados con las largas campañas ultramarinas, especialmente debido a la paga insuficiente y los suministros irregulares. Sin embargo, la desertión y el motín difícilmente se podían considerar un fenómeno nuevo, ni tampoco tienen por qué ser un indicativo de una baja moral. El ejército balcánico amotinado en el 602 estaba bien entrenado, estaba tácticamente cohesionado y había obtenido una reciente victoria contra los ávaros y eslavos.

A menudo se ha asumido que la heterogénea composición étnica de los ejércitos tardorromanos afectó a su rendimiento en combate. La imagen tradicional de las tropas bárbaras intrínsecamente indisciplinadas corrompiendo la disciplina, el entrenamiento y moral romanos es parte de lo que se percibe como un empeoramiento militar tardorromano, junto a la indisciplina, los reclutas inadecuados y la elusión del servicio militar. Teniendo en cuenta cómo el reclutamiento a largo plazo se centraba en las regiones rurales y menos “romanizadas” del imperio, los ejércitos romanos habían estado largo tiempo incorporando reclutas de diferentes étnias incluso sin tener que recurrir a bárbaros “externos”, los cuales una vez reclutados, a menudo en unidades de élite, raramente conservaban diferencias étnicas. Tampoco hay pruebas de que la cooperación del ejército romano con diferentes fuerzas aliadas que tenían sus propios comandantes, y que eran reclutadas *ad hoc* para campañas determinadas, significase un empeoramiento de su rendimiento en combate. Con algunas excepciones significativas, los guerreros “bárbaros” usaban un armamento similar al de los soldados romanos; cualquier diversidad en las tácticas o el equipo, como los arqueros a caballo hunos, aumentaban más que reducían las capacidades operativas. Puede que los federados y aliados estuvieran menos sujetos a la disciplina militar romana y no tuvieran ciertas habilidades, especialmente la pericia en ingeniería necesaria para construir campamentos con trincheras y empalizadas que eran tradicionalmente una marca propia del entrenamiento y disciplina romanos. Vegecio, quizás a

propósito, olvida el hecho de que un godo puede ser completamente ignorante en cuanto al entrenamiento romano y aún así ser un experto guerrero; el propio Vegecio halaga a los alanos, hunos y godos como caballería. Más aún, durante buena parte del período las tácticas de batalla, ciertamente entre la infantería, fueron relativamente poco sofisticadas. El ejército notoriamente heterogéneo de Aecio en los Campos Catalaunicos, en el 451, era muy diferente en composición y apariencia del de Juliano en Estrasburgo en el 357, pero estas batallas probablemente se lucharon de forma muy parecida, con una línea apretada de infantería sirviendo tanto como barrera contra los asaltos enemigos como de base desde la que la caballería podía lanzar ataques tácticos. En definitiva, la moral y cohesión de una unidad eran más importantes que la uniformidad y la homogeneidad étnica en el ejército en conjunto. Las costumbres organizativas romanas de larga historia, como los *contubernium* o “compañeros de tienda”, y las ropas y escudos con colores regimentales distintivos, continuaron reforzando la identidad a pequeña escala de las unidades.

Los tratados tardorromanos normalmente hacen mayor hincapié en la calidad de las tropas que en su cantidad, pero los autores asumían de forma realista que habría una presencia de soldados de mala calidad o inexpertos en todas las unidades. Por lo tanto un comandante debía estar familiarizado con ciertas medidas que servían para incrementar la moral. Sus vínculos personales y clientelares en el ejército eran un importante estímulo en combate; su presencia o participación podía inducir a las tropas a luchar con mayor determinación, aunque ponerse en peligro a uno mismo era considerado una imprudencia, ya que su muerte, ya fuese real o un rumor, podía causar el pánico. Los frecuentes ejemplos de discursos de los generales antes de la batalla que aparecen en historias de la época son difíciles de evaluar a la vista de su larga tradición literaria, pero era un procedimiento habitual, especialmente antes de operaciones peligrosas, que los comandantes seleccionasen a los veteranos o reafirmasen la lealtad y moral de las tropas haciéndoles prestar juramentos adicionales. También se tiene constancia de generales que analizaban la actitud de sus tropas hacia el combate o incluso dejando hombres atrás debido a su “debilidad de espíritu”, y era habitual asignar a los peores hombres de cada unidad al cuidado del bagaje durante el combate.

Como ocurre con los soldados de todos los períodos, la motivación más profunda era material, lo que incluía la debida paga y suministros de la administración central. Durante una campaña un general podía aumentar la moral distribuyendo botín recientemente capturado u otorgando recompensas por acciones sobresalientes, lo cual tendió a sustituir a las decoraciones oficiales. Como ejemplo más gráfico, antes de la batalla de Taginae, Narsés cabalgó a lo largo de las líneas romanas “sujetando en lo alto de postes brazaletes y collares y cinturones de oro y mostró ciertos otros incentivos para dar valentía en el peligro”. Los problemas al distribuir el botín resultaban en desafección, que fue aparentemente la causa de la derrota romana ante los moros en Cillium en el 544. Los soldados que luchaban lejos de casa, especialmente en el siglo VI, crónicamente mal pagados y mal aprovisionados, naturalmente sentían irritación al verse privados de beneficios adicionales por lo que se habían puesto en peligro.

Al preparar a las tropas para el combate se debía equilibrar la necesidad de orden y disciplina con la necesaria sed de sangre y demostración en masa de determinación colectiva. Las tropas del siglo IV usaban el *barritus*, un grito de guerra de origen germánico que probablemente tuvo su origen en entre los *auxilia* del Rin, el cual comenzaba en un tono bajo y luego aumentaba in crescendo hasta convertirse en un estruendoso rugido. Éste fue más tarde sustituido por diferentes consignas cristianas. Gritar frecuentemente, sin embargo, se consideraba perjudicial para la disciplina, generando alarma o impetuosidad, y los gritos de guerra solo estaban permitidos justo antes del choque. Tal control era un logro considerable, especialmente si había presentes aliados menos disciplinados y teniendo en cuenta que los enemigos de los romanos empleaban habitualmente terroríficos gritos de guerra.

Una canalización alternativa de las emociones violentas eran sesiones organizadas para humillar al enemigo, que a menudo se centraban en alardes marciales o duelos llevados a cabo entre ambas líneas de batalla, unos eventos a los que Procopio dio un énfasis particular. Estos combates individuales eran sin duda demostraciones de valentía o antagonismo personal, y normalmente se ven como reflejos de los valores marciales de los “no romanos” que servían en los ejércitos de Roma. Eran efectivos para preparar a los soldados para la batalla, pero a menudo servían para posponer el combate si se esperaban refuerzos o movimientos de flanco. El estilo “homérico” de Procopio no debería llevar a confusión; dramatiza vívidamente la monomaquia en parte para obtener un efecto literario, en parte debido a sus cercanas conexiones con los oficiales de caballería de cuyos filas salían estos campeones. Tales bravuconadas individuales no podrían estar más fuera de lugar en la prosaica disciplina y cohesión de unidad del *Strategicon*, y sin duda contraviene expresamente sus preceptos. Más aún, la existencia de ejemplos de duelos similares a lo largo de la historia militar romana proyecta dudas sobre cualquier caracterización de la Antigüedad Tardía como un período de combate especialmente “heróico”, una impresión en cierta medida inspirada por las asociaciones vagamente “artúricas” de la guerra tardorromana.

De igual forma, aunque las ceremonias, imagería y creencias cristianas eran fuente de confortación, los soldados tardorromanos nunca fueron “protocruzados”. Mauricio demanda que todos los soldados atiendan a los servicios antes de la batalla, en los que los capellanes del regimiento, probablemente introducidos por Constantino I, bendecían el

estandarte de la unidad. Los generales buscaban la ayuda divina para sus ejércitos mediante la recolección y exhibición de iconos y reliquias, aunque su popularidad es difícil de valorar. Aunque estas medidas representan una convicción genuina de la importancia de la protección divina, ningún autor militar romano vio la fe o la ideología como sustitutos en combate del entrenamiento y la disciplina. Se puede encontrar una excepción en los primeros ejércitos islámicos que infligieron derrotas devastadoras a los romanos en las décadas del 630-640. Aunque la *jihad* sería un concepto anacrónico en este período, parece que el Islam confirió a los musulmanes ventajas en moral, cohesión y liderazgo, posiblemente los únicos aspectos en los que eran visiblemente superiores en combate a sus oponentes. Sería interesante mencionar que los motivos cristianos que incentivaban la moral destacan con más claridad en las campañas romanas contra los persas, cuyo Zoroastrismo patrocinado por el estado ofrecía un equivalente religioso, pero cuyos métodos militares eran los que menos se diferenciaban de las prácticas romanas de entre todos los oponentes del imperio. Ambos poseían capacidades comparables en logística, ingeniería de campaña, poliorcética, despliegues de caballería y literatura militar, lo cual los hacía destacar entre el resto de las naciones.

Al final de este período la caballería romana intentaba desarrollar tácticas más sofisticadas basadas en modelos ávaros, pero a largo plazo lo que realmente diferenció a las fuerzas romanas en el combate – infantería y caballería – fue su continuo entrenamiento de maniobras y tácticas en orden cerrado, apoyado por la disciplina militar, el entrenamiento y la tradición. Hubo desastres sobresalientes como Adrianópolis y Yarmuk que proporcionaron convenientes puntos cronológicos en la larga historia de la “decadencia y caída” de Roma. Pero, por decirlo claramente, a lo largo de este período el ejército romano ganó más acciones de las que perdió, y las peores bajas de la mayoría de sus derrotas las sufrieron personal entrenado y el prestigio romano, más que territorios y ciudades. Por encima de todo, los ejércitos tardorromanos tenían una alta capacidad de adaptación al combate contra enemigos muy diferentes en diferentes tipos de terreno, y la habilidad romana “para adaptarse” (*harmozesthai*) a las fuerzas y debilidades del enemigo subraya el análisis de Mauricio de los variados métodos de lucha de las naciones hostiles. En la medida en que las batallas y asedios ganan guerras, estas son consideraciones más importantes al evaluar la naturaleza del combate de aquella época que las nociones tradicionales y simplistas de la “derrota” de la Roma Tardía, para la cual ofrecen mejores contextos y explicaciones unas circunstancias políticas y estratégicas más amplias.